mis oyentes en pocas palabras lo que acabo de contaros, acaso muy extensamente.

Se me escuchaba atentamente.—Mis vecinos se perdian en conjeturas.—El abogado trataba de reunir sus recuerdos;—el pequeño notario se sonreia malignamente.

—¡Pues bien! les dije, ¿quién de vosotros, señores, que sabeis todo, que conoceis todo, nos descifrará este enigma? ¿quién nos contará la historia de ese palco misterioso?

Todos callaban.... aun el abogado, que pasándose la mano por la frente para recordar la anécdota, habria acabado probablemente por inventar una; pero no le dió tiempo.

—¿Quién os contará esa historia?.... con tono triunfante: yo, que conozco todos sus detalles.

—¿Vos, Mr. Baraton?

—¡Yo mismo!....

—¡Hablad! ¡hablad!—y todas las cabezas se acercaron al narrador.—Hablad, Mr. Baraton.

—¡Pues bien! dijo el notario con importancia y tomando un polvo, ¿quién de vosotros ha conocido.... En este momento comenzó á sonar la orquesta.

Y Mr. Baraton, que no queria perderuna nota de la introduccion, se detuvo y dijo en voz baja:

—En el próximo entreacto.

(Continuará.)

UN BUEN MOZO.

Querida amiga, decia yo dias pasados á una madre que expresaba el deseo de que su hijo fuese tan hermoso como ella, creedme, si la belleza es un don funesto para las mujeres, para los hombres es un don muy incómodo. Unas hermosas facciones perjudican bastante al jóven que se dedica á la carrera de las letras. Un procurador siente una repugnancia instintiva por un abogado Adonis. ¿Qué hombre prudente tomará á Antinoo para médico de su familia? La envidia de nuestro sexo, mucho mas celoso que el vuestro, no reconoce sabiduría sino en una nariz roma. Cuando Apolo bajó á la tierra, el mas elevado empleo que pudo conseguir fué el de pastor.

—¡Bah! contestó mi bella amiga; ¿no se suele decir que un rostro hermoso es una carta de recomendacion?

—Es mas bien la carta de Urias, que traiciona á aquel á quien recomienda. Permitidme que os refiera la historia de Mr. Fernando Fitzroy.

Mr. Fernando Fitzroy era uno de esos modelos de perfeccion de que no pueden producir mas que un solo ejemplar unos padres mortales; así es que Fernando era hijo único. Sus padres lo adoraban tanto, que resolvieron no economizar ningun medio para echarlo á perder; en consecuencia, fué excesivamente consentido, jamás lo atormentaron con la vista de un libro, y le daban todas

las golosinas que podia comer. Muy feliz habria sido Fernando si hubiera podido pasar sus dias comiendo golosinas. "No digais que un hombre ha sido dichoso hasta que no veias el fin de su vida." Estas palabras del poeta griego están llenas de verdad. Fernando era verdaderamente una soberbia criatura. ¡Qué ojos! ¡qué cabello! ¡qué dientes! ¡qué cintura! ¡qué maneras tan seductoras! y además, ¡qué encanto tan irresistible habia en el nudo de su corbata! Tenia ya muy cerca de diez y seis años, cuando un tio viejo y regañon representó á sus padres que seria muy conveniente que el señorito Fernando aprendiese á leer y á escribir. Los convenció, no sin alguna dificultad, pero en fin, los convenció, porque era inmensamente rico y la riqueza en un tio viejo es un argumento maravilloso cuando se trata de la educacion de un sobrino á quien sus padres no tienen qué dejarle. Nuestro héroe fué puesto en un colegio. Tenia talento natural é hizo adelantos rápidos. La mujer del director del colegio era muy afecta á los niños bonitos.

—Mr. Fernando Fitzroy será un verdadero genio si trabajas en enseñarlo, dijo á su marido.

—No, querida, no es necesario trabajar con él.

—¿Y por qué no?

—Porque *es muy buen mozo para que llegue á ser sabio.*

—Es verdad, dijo la mujer del director.

De manera que porque Fernando era muy buen mozo para llegar á ser sabio, se quedó en el último lugar de la cuarta clase.

Nuestro heroe fué sacado del colegio.

—¿Qué profesion seguirá? preguntó la madre.

—El lord canciller es mi primo hermano, contestó el padre; que siga la abogacía.

El lord canciller comia precisamente aquel dia en la casa. Fernando le fué presentado. Su señoría era un hombre pequeño, de rostro ceñudo, de cejas fruncidas, de facciones duras, que creia que hermosura y ociosidad eran lo mismo y que un abogado debia necesariamente tener un cutis de pergamino.

—¡Dedicarlo á la abogacía! No, señor, eso no puede ser. Enviadlo al ejército; *es muy buen mozo para abogado.*

—Es verdad, milord; y compraron para el jóven Fernando un despacho de subteniente en el quinto regimiento de dragones.

Nada se sabe por inspiracion. Fernando jamás habia aprendido á montar á caballo; así pues, lo enviaron á un picadero, donde todo el mundo se burló de él.

—¡Es un asno! dijo el subteniente Horsephiz, que era horriblemente feo.

—¡Un bruto! añadió el teniente Saint-Squintem que era mucho mas feo.

—Si no monta mejor, será la vergüenza del regimiento, dijo el capitan Rivalhate, que tenia muy buena figura.

—Si no monta mejor le volveremos la espalda, dijo el coronel Everdrill, que daba una importancia singular al manejo del caballo en su regimiento. Señor Bumpunwell, añadió dirigiéndose al maestro de equitacion, os encargo mucho que pongais todo empeño que este jóven cuando monte no tenga las trazas de un saco de harina.

—¡Oh, señor! en cuanto á él, jamás montará mejor.

—¿Y por qué?

—La verdad, mi coronel, porque *es muy buen mozo para oficial de caballería.*

—Es cierto, dijo el subteniente Horsephiz.

—Muy cierto, añadió el teniente Saint-Squintem.

—Será preciso que le volvamos la espalda, dijo el coronel.

En consecuencia, Fernando fué mirado de reojo.

Nuestro héroe era un jóven muy susceptible; dejó el regimiento, después de lo cual envió un cartel de desafío al coronel; el coronel fué muerto.

—Mr. Fernando Fitzroy se ha conducido de una manera poco conveniente, dijeron los parientes del coronel.

—Es muy cierto, dijo el mundo.

Los padres del jóven estaban desesperados; no eran ricos, pero nuestro héroe era hijo único y ellos hicieron muchas instancias al tio regañon.

—Es muy hábil, dijeron los dos, puede dar mucho fruto.

Pidieron, pues, prestados al tio algunos miles de libras esterli-

nas, y compraron para el bello sobrino un asiento en el parlamento.

Fernando era ambicioso y deseaba repar el ultraje hecho á su reputacion. Se puso á trabajar como un caballo; no cesaba de leer los folletines y las revistas; aprendió á Ricardo de memoria y anotó la constitucion inglesa.

Un dia pidió la palabra.

—¡Qué hombre tan buen mozo! dijo un miembro.

—¡Qué fatuo! añadió otro.

—Jamás será orador, dijo un tercero con voz bastante alta.

Los miembros de los bancos opuestos comenzaron á burlarse y á gritar: "¡Escuchad, escuchad!" La sangre fria no es natural mas que á los militares, y por otra parte, nadie se hace orador en un dia, desanimado por aquella acogida. Fernando experimentó un poco de embarazo.

—¡Os lo pronostiqué! le dijo uno de sus vecinos.

—Cayó redondo, dijo otro.

—Ama mucho sus cabellos para que tenga algo bueno en la cabeza, añadió un tercero que pasaba por hombre de talento.

—¡Escuchad, escuchad! exclamaron los miembros de los bancos de enfrente.

Fernando concluyó de hablar. No habia brillado, pero tampoco se puso en ridículo. Mas de un orador de primer órden se habia hecho menos notable en sus principios y mas de un conde habia pasado por un fénix con la mitad del mérito que él.

Los héroes de las leyes de los cereales no fueron de la misma opinion.

—Estos Adonis jamás llegan á ser grandes oradores, dijo un célebre charlatan que tenia las narices torcidas.

—Ni tampoco hombres de Estado, añadió el presidente de una comision, cuya cara era muy semejante á la de un macaco.

—¡Pobre! dijo el mas bien parecido del corro; *es muy buen mozo para los negocios*. Va á hablar de nuevo. Esto no es soportable; es preciso hacerlo callar á fuerza de toser.

Y en consecuencia tosieron tanto, que Fernando se vió obligado á callar.

Nuestro héroe tenia entonces de veintisiete á veintiocho años; estaba mas buen mozo que nunca y era la admiracion de las damas de Almack.

—Nada tenemos que dejarte, le dijeron sus padres, quienes hacia tiempo que habian derrochado toda su fortuna y que continuaban subsistiendo con la representacion de la que habian tenido; nada tenemos que dejarte, pero tú eres el hombre mas buen mozo de Londres, y es preciso que te cases con alguna rica heredera.

—Es mejor, dijo Fernando.

La señorita Elena Convólvulus era una jóven encantadora, con un labio leporino[1] y seis mil libras esterlinas de renta. A ella, pues, se dedicó á hacer la corte nuestro héroe.

¡Dios mio! ¡qué clamor se levantó con este motivo entre los parientes de la jóven!

—Es fácil conocer sus intenciones, dijo uno, es un hermoso aventurero que quiere sacar partido de su figura.

—¡Qué importa su belleza, dijo otro, si su conducta no corresponde; lo lanzaron del ejército, y además asesinó á su coronel.

—No os caseis con un buen mozo, dijo el tercero; no sabe admirar mas que á sí mismo.

—Tendrá muchar queridas, dijo el cuarto.

—Estareis perpetuamente celosa, observó el quinto.

—Tirará nuestro dinero, añadió el sexto.

—Y os matará de pesar, dijo el sétimo.

La señorita Elena Convólvulus era prudente y previsora, reconoció la justicia de estas observaciones, y se sentia muy feliz con su libertad y sus seis mil libras de renta para experimentar una viva impaciencia por casarse; sin embargo, no le repugnaba el tener por adorador á un hombre tan buen mozo como Fernando. En consecuencia, ni lo aceptó ni lo rehusó; le dió esperanzas y lo dejó que se endrogara con el sastre y el carrocero, esperando ser muy pronto Mr. Fitzroy Convólvulus. Entre tanto, el tiempo se pasaba y Elena lo entretenia con excusas y dilaciones; pero nues-

1 Labio leporino es el defecto que consiste en tener el labio superior dividido en dos, lo cual se conoce vulgarmente con el nombre de "tencuas."

tro héroe estaba impaciente y sus padres no menos. Un almuerzo en Chiswick y una fiebre pútrida se llevaron á los autores de sus dias con pocas semas de intervalo. Murieron dando su bendicion á Fernando y contentos con la idea de que lo dejaban en buen camino.

Después de esto nuestro heroe no tuvo ya esperanzas mas que en su tio regañon y en la señorita Elena Convólvulus; el primero, aunque baron y de un carácter satírico, era banquero y hombre positivo. Miraba con desden los cabellos rizados y los blancos dientes de Fernando.

—Si te dejo mi caudal, dijo, cuento con que seguirás al frente de mi casa.

—Sin duda, señor, contestó el sobrino.

—¡Hum! murmuró el tio; *eres muy buen mozo para banquero.*

Los acreedores de Fernando se hicieron exigentes, y el deudor á su vez acosaba á la señorita Elena.

—Corre uno mucho peligro, dijo ella con aire modesto, cuando se casa con un hombre tan generalmente admirado.... ¿Sereis siempre fiel?

—¡Lo juro por el cielo! exclamó el amante.

—¡Ay! dijo suspirando la señorita Elena; pero lord Rufus Pumilion, que entró á ese tiempo, dió á la conversacion otro giro.

Se señaló por fin el dia de la boda. Fernando compró un nuevo landó. ¡Qué hermoso estaba en él! Un mes antes del dia fijado murió el tio. La señorita Elena dió á Fernando el pésame con exquisita ternura.

—Consolaos, Fernando mio, le dijo; por amor vuestro he rehusado la mano de lord Rufus Pumilion.

—¡Amirable condescendencia! exclamó nuestro héroe; pero tambien advertid que lord Rufus no tiene mas que cuatro piés y dos pulgadas de estatura y unas cabellos de coco.

—No todos los hombres son tan bien parecidos como Fernando Fitzroy, fué la respuesta.

Nuestro héroe partió para asistir á la apertura del testamento de su tio.

"Dejo, decia el testador, que como hemos dicho antes era un

poco satírico, dejo todo mi caudal, á excepcion del legado, á.... (aquí Fernando enjugó sus bellos ojos con un pañuelo de batista admirablemente bordado) Juan Spriggs mi hijo natural, jóven industriso, activo y que dará mas lustre á mi casa. En un tiempo tuve intencion de dejar por mi heredero á mi sobrino Fernando; pero una cabeza adornada de cabellos tan hermosos, no puede tener talento para las cuentas. Quiero que mi sucesor sea un hombre de negocios y no un *buen mozo*, y Fernando Fitzroy *es muy buen mozo para banquero.* No dudo que su bella figura le proporcionará la mano de alguna rica heredera. Entre tanto la consigue, le dejo mil libras esterlinas para que se compre un *neceser* de tocador."

—¡Mil diablos te lleven! exclamó Fernando lanzándose fuera del aposento. Corrió á casa de su novia: no estaba visible. Un proverbio italiano dice que las mentiras tienen las piernas cortas; pero es preciso convenir en que las verdades cuando son desagradables, las tienen furiosamente largas. Al dia siguiente Fernando recibió su despedida en un billete de los mas pulidos.

"Os deseo toda clase de felicidades, decia al terminar la señorita Elena; pero mi familia tiene razon, *sois muy buen mozo para marido.*"

¡Ocho dias después, la señorita Elena Convólvulus se llamaba lady Rufus Pumilion!

—¡Ah, señor! decia el ugier que á los dos dias de la disolucion de lparlamento conducia á Fernando en un coche á la cárcel de los deudores; ¡qué pena me da llevar á la prision á un hombre tan *buen mozo!*

E. L. Bulwer.

(Traducido para la Camelia.)